

Yma Sumac

EL PAJARO
QUE SE
TRANSFORMO
EN MUJER

or EDUARDO LIRA ESPEJO



YMA SUMAC con el humano gozo que estremece de ternura a la madre, junto a la cuna de celeste o rosa esperanza, o hace delirar de entusiasmo al artista aclamado por grandes audiencias. Pero el canto de Yma Sumac, que brota de su frágil cuerpo de graciosa mujer, adquiere matices tan prodigiosos y sorprendentes, que el humano entender no puede explicar. Diríase que hay algo mágico y magnético en su voz que vibra, conjuntamente. Y que la extensión de su registro, de graves y agudos en color y vigor, de agudos penetrantes y mantenidos, quisiera abarcar todos los timbres del femenino cantar. Es un instrumento, este canto que se anida en la garganta de Yma Sumac, tan amplio en posibilidades como el más generoso de los instrumentos musicales, pero que no posee una vibración cálida, encantadora y emotiva que sólo Dios otorga a sus naturas predilectas.

Yma Sumac viene conquistando la admiración siempre renovada de los públicos. Y constituye el asombro de los conocedores, de las exigentes selecciones. Su nombre es tan glorioso en los más cultos centros, que no proverbial lo es, hasta en el más insignificante rancho de su tierra nativa. Si el dominio de su voz extasiaba a los descendientes incaicos, hoy tiene poder de sortilegio en avezados catadores de

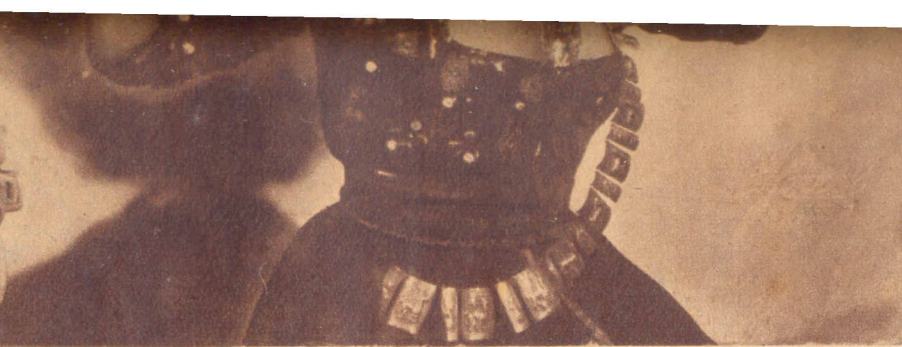
grupo de hermosas y elegidas doncellas permanecería, en ese entonces, encerrada en un convento, vigilada con estricto celo. Y en grupos de diez eran, por una experimentada india de la nobleza, instruidas, en el deber de conservar el fuego sagrado, mantener la virginidad por los seis o siete años de cautiverio para luego casarse espléndidamente. Se les enseñaba a preparar el pan y la efervescente chicha destinada a las grandes solemnidades en honor del Sol. Fiesta principal era ésta, cuando se encendía el fuego sagrado, se ofrecían al Sol sacrificios, oportunidad en que las libaciones hacían subir el eufórico clima. Este júbilo se renovaba cada año y la danza, los himnos y la música, se remozaban cada vez más gallardamente. Fué en uno de estos festivales anuales con que hoy mantienen los indígenas, latentes el ancestro incaico, cuando Yma Sumac, al igual que una de aquellas Virgenes del Sol, cantó como el tradicional rito lo exigía, ante treinta mil asombrados indios. Para ellos simbolizaba, la doncella elegida, una nueva deidad. Un auténtico Totem reencarnado. Voz de temblor de tierra. Pájaro que se transformó en mujer.

La noticia se propagó de montaña a montaña, de indio a indio, con la presteza que han de hacerlo las aves mensajeras. Y debe haber sido así, porque el pueblo, cuyo Inca residía en el Cuzco, posee algo de ornito-

TRANSFORMO

EN MUJER

por EDUARDO LIRA ESPEJO



YMA Sumac con el humano gozo que estremece de ternura a la madre, junto a la cuna de celeste o rosa esperanza, o hace delirar de entusiasmo al artista aclamado por grandes audiencias. Pero el canto de Yma Sumac, que brota de su frágil cuerpo de graciosa mujer, adquiere calidades tan prodigiosas y sorprendentes, que el humano entender no puede explicar. Diríase que hay algo mágico y magnético en su voz que se conjuga, conjuntamente. Y que la extensión de su registro, de graves a agudos, en color y vigor, de agudos penetrantes y mantenidos, quisiera explicar todos los timbres del femenino cantar. Es un instrumento, este canto, que se anida en la garganta de Yma Sumac, tan amplio en posibilidades como el más generoso de los instrumentos musicales, pero que no posee la vibración cálida, encantadora y emotiva que sólo Dios otorga a sus creaciones predilectas.

Yma Sumac viene conquistando la admiración siempre renovada de los públicos. Y constituye el asombro de los conocedores, de las exigencias de selecciones. Su nombre es tan glorioso en los más cultos centros, como proverbial lo es, hasta en el más insignificante rancho de su tierra nativa. Si el dominio de su voz extasiaba a los descendientes incaicos, en los Andes peruanos, ejerce poder de sortilegio en avezados catadores de Europa, Norte y Sudamérica. Pueda ser que la melodía sea la expresión de la lograda de estructura clásica o el substantivo, sencillo, primario y metafónico de una cantilena incaica. Una y otra, en su belleza y significación, permanecen relegadas a segundos planos. Es la voz, este fenómeno de naturaleza, este chispazo de luz ardiente, que atrae con el mismo gozo la atención de las cosas sagradas.

No existe, por ahora, ninguna voz como ésta en el mundo, afirma con entusiasmo y autoridad Glenn Dillard Gunn, del Washington Times-Herald. Al elogiar, tras serio análisis la fabulosa escala de sonidos que Yma Sumac puede emitir con suprema facilidad, proclama que voces como la de ella, sólo una, se produce en cada generación.

Pocos, muy pocos, han sido los cantantes que hayan podido pasear su timbre sobre cuatro octavas, donde su canto fluya, de un extremo al otro, con frescura y gracia de agua vertiente y libre. Sin embargo la cantante peruana, incursiona a veces, en las zonas ardorosas, sensuales y misteriosas del contralto; y se torna aligera para penetrar en agudas regiones, destinadas para otros, por natural mandato. Entonces sus notas cruzan como las de metálicos acentos y calan hasta en los huesos, al igual que la "flauta inca", esa especie de flauta que, en el Altiplano, el indio hace sonar, y él sabe a donde.

Si Yma Sumac hubiera nacido algunos siglos antes, en el apogeo del Imperio Incaico, habría sido una de las Vírgenes del Sol. Junto con un

grupo de hermosas y elegidas doncellas permanecería, en ese entonces, encerrada en un convento, vigiladas con estricto celo. Y en grupos de diez eran, por una experimentada india de la nobleza, instruidas, en el deber de conservar el fuego sagrado, mantener la virginidad por los seis o siete años de cautiverio para luego casarse espléndidamente. Se les enseñaba a preparar el pan y la efervescente chicha destinada a las grandes solemnidades en honor del Sol. Fiesta principal era ésta, cuando se encendía el fuego sagrado, se ofrecían al Sol sacrificios, oportunidad en que las libaciones hacían subir el eufórico clima. Este júbilo se renovaba cada año y la danza, los himnos y la música, se remozaban cada vez más gallardamente. Fué en uno de estos festivales anuales con que hoy mantienen los indígenas, latentes el ancestro incaico, cuando Yma Sumac, al igual que una de aquellas Vírgenes del Sol, cantó como el tradicional rito lo exigía, ante treinta mil asombrados indios. Para ellos simbolizaba, la doncella elegida, una nueva deidad. Un auténtico Totem reencarnado. Voz de temblor de tierra. Pájaro que se transformó en mujer.

La noticia se propagó de montaña a montaña, de indio a indio, con la presteza que han de hacerlo las aves mensajeras. Y debe haber sido así, porque el pueblo, cuyo Inca residía en el Cuzco, posee algo de ornitológico. Sus ciudades estaban, construidas en admirables arquitecturas a miles de metros de altura.

Nidos pétreos, de perfección de ciencia y laboriosidad. En los Andes peruanos estas ciudades causan el pasmo de arquitectos y constructores. Y por sus calles transitaba y en algunas todavía, transita el quechua y el aymara, un indio de porte pequeño, de piel bronceada, de ojos negros y mirar penetrante, sobre su nariz aguileña. Hablan bajo y las eses silban en los labios, como un pito agudo. Es un susurro que lleva a pensar en el arrullo de extrañas aves. En esta atmósfera de aire enrarecido, donde el respirar se logra con insufrible dificultad, es señor de los cielos el cóndor. El pájaro gigantesco, con su collar blanco de pluma, el cual era divinidad entre los incaicos.

En uno de estos elevados refugios humanos, en el pueblo de Ichocan a diez y seis mil pies de altura, nació Yma Sumac. Si no fué una de las Vírgenes del Sol representa a su raza en la admiración del mundo entero. Doncella elegida, reverenciada como deidad entre los suyos. Voz mágica y magnética, cuyo canto brota de su frágil cuerpo de graciosa mujer, con calidades tan prodigiosas y sorprendentes, que el humano entender no puede explicar. Sólo el indio, el incaico siempre presente, con su actitud impenetrable, piensa que este fenómeno de la naturaleza, este inigualable cantar, es mensaje de divino origen. Y nada ni nadie le hará cambiar, porque para él, Yma Sumac es Pájaro que se transformó en mujer.